

en otras muchas, el ejemplo y el precepto. San Ambrosio (1) enseña que el discurso del orador cristiano, aun desechando la elocuencia afectada, debe conservar la amabilidad y la gracia: *non affectata eloquentia, sed non intermissa gratia*. El sabio Thomasino (2), uno de los autores que mejor han estudiado la tradición sobre este punto, dice que durante los tres primeros siglos de la Iglesia juzgaron muchos obispos suficientemente reemplazados los recursos del arte por el don de milagros, y se contentaban con dirigir al pueblo instrucciones familiares. Pero cuando este don se hizo más raro, creyeron deber suplirlo con los atractivos de una sólida elocuencia, y vieron en este medio un auxiliar muy poderoso para ganar al auditorio.

Queda, pues, demostrado que el orador sagrado necesita adornar con sobriedad sus discursos. El mismo Espíritu Santo dice que «la lengua de los sabios embelee lo que saben, y que el atractivo de sus discursos es dulce para el alma, como un panal de miel lo es para la boca: *lingua sapientium ornat scientiam, fucus melis composita verba*» (3).

(1) *De Officiis*, lib. I, 22.

(2) *Antiqua et nova disciplina*, libro III.

(3) *Prov.*, cap. XV, 16.

CAPÍTULO III

DE LA ACCIÓN ORATORIA

I

Idea de la acción oratoria en general.

Cicerón define en estos términos la acción oratoria: *est enim actio quasi corporis quaedam eloquentia cum constet e voce atque motu* (1), definición con la cual estamos enteramente de acuerdo, por lo mismo que abraza lo que dice relación á la voz y al gesto. La palabra elocuencia, colocada en la anterior definición, la completa por sí sola.

La importancia de la acción ha sido por todos reconocida. Preguntado Demóstenes, dice San Agustín, cuál era la parte principal en el arte oratoria, contestó que la acción; preguntado de nuevo cuál era la segunda y cuál la tercera, contestó siempre del mismo modo; significando, por este medio, que en ella estriba el secreto del arte de hablar. De igual manera se expresa Cicerón (2) sobre este punto; y Fray Luis de Granada considera la acción como lo más importante y de mayor utilidad (3). ¿De qué proviene, pregunta á este propósito un escritor contemporáneo, que entre tantos discursos como admiramos hay tan pocos que merezcan imprimirse? La razón es siempre la misma: consiste en

(1) *De Orat.*, 17.

(2) *De Orat.*, LV.

(3) *De Retorica ecles.*, libro IV.

que la acción comunica á todo lo que se dice un mérito que no se descubre, que desaparece cuando le falta la vida de la acción oratoria, capaz por sí sola de ocultar grandes defectos y hacer pasar por admirable un discurso que no resistiría un examen crítico detenido y concienzudo.

El poder de la acción es, por otra parte, un hecho cuya razón está al alcance de todos. La gran mayoría de los que oyen un sermón no conoce el mérito de su estructura, ni la riqueza de la doctrina que encierra; pero todos están en disposición de apreciar si el sacerdote habla ó no como hombre persuadido, si su acción es natural ó afectada, enérgica ó débil, oportuna ó inconveniente: el juicio de la mayoría es hijo siempre de las impresiones del momento, de lo que está á su alcance y para lo cual no es necesario más que un buen criterio y una regular capacidad. El público dice de un predicador que tiene ó no *gracia*: de este modo explica las excelencias ó vicios de su acción oratoria.

A fin de tratar con la debida claridad esta parte de la retórica, dividiremos la acción en *voz* y en *gesticulación*.

II

De la voz.

En la voz hay que considerar dos cosas: la voz en sí misma, y la voz articulada, que se llama pronunciación (1). La voz, tomada en la primera acepción, es, según Cicerón (2), el principal instrumento de la acción, en cuyo estudio debemos, por lo tanto, tener pre-

(1) Bajo este nombre entienden algunos retóricos la *recitación*, ó sea la acción oratoria.

(2) *De Orat.*, lib. III, núm. 224.

sentes algunas circunstancias, que contribuyen á realizar sus efectos, tales como la *naturaleza*, la *entonación*, la *acentuación*, la *inflexión* y la *moderación*.

La *naturaleza* de la voz. Aunque su calidad, lo mismo que su fuerza y cantidad, es debida á la constitución del órgano vocal, sin embargo, puede el arte hacer mucho, ya que no le sea dado hacerlo todo. Con su auxilio, podrá el orador de medianas facultades sacar más provecho de aquel don en que la naturaleza no se mostró muy generosa, que otros oradores más ricamente dotados. La poca agua bien encauzada aprovecha más que los veneros abundantes si no están bien dirigidos. La voz se fortifica si se cultiva, dice Quintiliano (1), pero si se le abandona se pierde.

No es fácil reunir las numerosas reglas que para mejorar la voz han dado los maestros. Los medios, sin embargo, más oportunos son la lectura en alta voz, la declamación de trozos de discursos recitados de memoria en lugares espaciosos, y, si es posible, en la soledad de los campos (2).

Para conservar la voz aconsejan, como medio, los médicos, un régimen alimenticio suave y fortificante, moderación en el estudio, frugalidad, paseo oportuno y sin exceso; y miran como contrario á la voz el uso demasiado frecuente de bebidas y alimentos ásperos para la garganta. Conviene además no fatigar la voz en el púlpito con gritos demasiado violentos y con predicaciones excesivamente largas.

La *entonación* debe ser moderada al principio, elevándose á medida que adelanta el discurso. *A principio clamare agreste est quiddam* (3). Importa mucho elegir un buen tono, porque si la voz es profunda no tiene

(1) Libro XI, cap. III.

(2) Véase el *Arte de leer en alta voz*, por Dubroca.

(3) Cicerón.

fuerza, y si muy alta no tiene inflexiones (1). Es preciso, pues, adoptar un tono medio que por lo mismo que es más natural y modesto, hace resaltar en el predicador esa calma digna, que tan bien le sienta, porque es la voz de la persuasión, de la amistad y del amor. Los gritos intempestivos dan ocasión á sospechar que el orador quiere dominar á sus oyentes, no por la razón, sino por la robustez de sus pulmones. Por último, dicho tono cansa menos al orador y le hace conservar el dominio sobre sí mismo, para poder modular la voz según lo exigen las circunstancias.

Por lo que hace á las partes del discurso, la voz en el exordio es ordinariamente tranquila; en la narración más elevada, pero libre y sonora; lo que es argumentación debe decirse con tono firme y decisivo, especialmente en los argumentos más concluyentes. La refutación debe tener un carácter de superioridad que no permita suponer la posibilidad de la réplica y como un aire de triunfo que arrastre al oyente: en el epílogo ha de ser la voz más afectuosa y patética.

La *acentuación* da mayor realce á las palabras sobre las cuales se quiere llamar más la atención.

Al recitar una cláusula conviene cargar el acento sobre la palabra capital, y en tanto así conviene, como muchas veces el sentido es equívoco ó confuso si no lo marca el acento enfático.

Obsérvense, dice H. Blair, los diferentes aspectos que toma el pensamiento en las siguientes palabras del Señor, según el tono ó énfasis con que se pronuncian: «Judas ¿vendes tú al Hijo del hombre con un ósculo?» Apoyando la voz sobre la palabra *tú*, se manifiesta la ingratitud del discípulo hacia su divino Maestro; cargándola sobre el

(1) Algunos observan que el tono general de la voz debe ser en *fa*, el tono más alto en *la* y el más bajo en *re*. Por encima del *la*, la voz resulta falseada y el tono se hace desagradable, por debajo del *re* no se oye.

vendes, resalta la enormidad de la traición; acentuando las palabras *con un ósculo* se hace sentir más la indignidad del medio empleado, convirtiendo en una ofensa una señal de paz y de amistad; y, por último, se realza la gravedad del ultraje por la dignidad de la persona ultrajada, si recae el énfasis sobre las palabras *al Hijo del hombre*. Para colocar el énfasis con oportunidad, son necesarios un buen criterio y una atención continua; y lejos de ser una prenda de poca importancia, es una de las más calificadas pruebas de un gusto verdadero y exquisito, y efecto de la delicadeza con que sentimos y del juicio cabal que formamos de las cosas. Cuide el orador de que el énfasis no peque de afectado, ni sean demasiadas las palabras enfáticas, pues en el primer caso el énfasis puede degenerar en melindre, al paso que prodigándolo con exceso, pierde todo su valor para con el auditorio.

La *inflexión* de la voz consiste en la variedad del tono, y señala perfectamente los diversos miembros del período. Una pronunciación siempre igual, semejante al martilleo del herrero, y un tono que todo lo confunde, disgusta al oyente más atento y fatiga al orador de mejor constitución. Por otra parte, es de observar, para dar inflexión á la voz, que cada afecto exige su tono y sus inflexiones particulares. Si se exhorta, la voz debe ser fuerte y apremiante: si se ruega, dulce y sumisa; si se consuela, tierna y compasiva; si se aconseja ó se reprende, grave y sostenida. Las cosas que dan pena, requieren un tono triste y lastimero; las palabras de paz y de consuelo, una voz dulce y animada; y si se habla de la grandeza de la religión, la voz debe tomar por sí misma un tono de majestad. Pero estas entonaciones han de graduarse, á fin de que no se pase de repente de un tono á otro.

La variedad de la pronunciación no se opone á la igualdad de la voz en el discurso. La elocuencia, como

la música, tiene su *tónica dominante*, pero las flexiones evitan la monotonía y dan á la voz aquella variedad que piden las cosas y los afectos, tan agradable al oído.

La *moderación* proporciona la voz á la extensión y á la sonoridad del local.

Aunque el tono que debe usarse sea el medio, la voz ha de tener la fuerza conveniente para que ni sobre ni falte, á cuyo fin se observarán las reglas siguientes:

1.^a El tono que debe adoptarse al hablar en público conviene medirlo por la extensión del auditorio; es preciso elevarlo á un grado tal, que el oyente más separado pueda con facilidad oír.

2.^a No dirigir la voz al aire, que la absorbería sin rechazarla sobre el auditorio, sino contra las paredes y columnas, despojadas, si puede ser, de colgaduras, á fin de que, repercutiéndose en ellas, se derrame con igualdad por el espacio que ocupan los oyentes.

3.^a Dirigirla al medio de la reunión y no á los extremos, acostumbrándose á no volverse del todo, cual hacen muchos, y de una manera por cierto harto teatral, á uno y á otro lado, porque en este caso, como que la voz tiene un centro de repercusión apartado y que no es común á todos los oyentes, se pierde, ó se debilita cuando menos, para muchos de ellos.

4.^a Estudiar las propiedades acústicas del lugar en que se habla, ya informándose de los que hayan predicado antes en él, ya observando los efectos de la voz y el modo cómo se difunde durante el discurso, ora, en fin, rogando á algunos amigos que se coloquen en distintos sitios para que nos informen de cómo llegan hasta ellos las palabras.

III

De la pronunciación.

La pronunciación es la manera de articular las palabras.

La pronunciación es una parte muy importante de la acción oratoria. Sin el auxilio de una buena pronunciación, toda elocuencia es perdida, porque un discurso mal pronunciado no puede nunca producir efecto. El oído, este sentido por medio del cual las palabras llegan al entendimiento, es de extremada delicadeza, dice Cicerón: *Aurium est judicium superbissimum*; lastimarle, equivale á hacer olvidar y tener en nada los atractivos de una buena elocución.

Las condiciones esenciales de la pronunciación, son: la *corrección*, la *distinción*, la *medida* y el *número*. Es *correcta* la pronunciación, cuando es conforme á la gramática y al uso de las personas cultas. Esta cualidad lleva consigo ser fácil, natural, agradable y urbana, sin que se perciba en ella el más ligero indicio de rusticidad ó extranjerismo.

Debe evitarse con cuidado todo acento vicioso ó provincial, el deje ó tonillo de las gentes sencillas y cuanto desdiga de la gravedad de la cátedra sagrada.

Es *distinta*, cuando hace llegar sucesivamente al oído sin precipitación y sin lentitud, no sólo todas las palabras, sino todas las sílabas.

La articulación *distinta* de las palabras contribuye por lo común, más que á la fuerza de la voz, á que se perciban clara y perfectamente; pues las más de las veces se oye mejor al que tiene un órgano débil, pero que articula bien, que al de voz sonora y robusta. Articulense, por consiguiente, con separación las palabras,

no se confundan, no se coman, como vulgarmente se dice, las sílabas, y, sobre todo, complétense y redondeense las finales no bajando la voz, como hacen muchos, sino antes bien esforzándola un poco al concluir los vocablos y los períodos.

Evítese también con el mayor cuidado la demasiada precipitación y la lentitud en el hablar; lo primero confunde la articulación, lo segundo fastidia al auditorio. Por esto decía Quintiliano, que la pronunciación debía ser expedita ó suelta, mas no precipitada; moderada, pero sin pecar por demasiado lenta: *Promptum sit os, non praeceps; moderatum non lentum.*

Es *medida*, cuando en las sílabas largas se hace una pausa y en las breves se acelera la pronunciación. Por consiguiente, se debe cargar el acento prosódico sobre la sílaba en que debe estar colocado. San Basilio, recomendando á un joven las reglas de la gramática, le advierte que el menor descuido en esta parte vicia la oración, así como la diligencia del escritor la hace perfecta.

El acento introduce una nueva variedad en la armonía de la cláusula por medio de la acertada combinación de tiempos fuertes y débiles; influye en la melodía, contribuyendo á la mayor ó menor elevación del tono de las sílabas, é influye porque retarda ó apresura la pronunciación de los vocablos y frases.

Tiene la pronunciación *número oratorio*, cuando se señalan con pausas más ó menos largas los imperceptibles intervalos que separan las palabras, los incisos, los miembros y los períodos entre sí.

El número oratorio es conveniente, no sólo para tomar aliento y manejar la voz con menos fatiga, sino también para señalar las divisiones del sentido y fijar más poderosamente la atención de los oyentes sobre los pasajes más notables. El saberlos distribuir con propiedad y gracia es una de las condiciones más difíciles de

la declamación. A fin de distinguir oportunamente los sentidos, es indispensable que el orador aprenda á clausular y á puntuar bien sus escritos, arte no poco difícil, y que entre nosotros ha sido, por lo general, harto descuidado.

Sonido y número, dice Capmany, complacen al oído en el discurso: el primero, por la naturaleza de la palabra... el segundo, por la coordinación y número de los términos: *Verborum numerorumque jucunditas*, como dice Cicerón (1).

(1) *Filosofía de la elocuencia.*